convivencias

Marina Subirats

De madres a hijas

La transmisión de la feminidad

Octaedro

Marina Subirats (Barcelona, 1943). Catedrática emérita de la Universitat Autònoma de Barcelona, socióloga y gestora pública. Fue directora del Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales y regidora de Educación en el Ayuntamiento de Barcelona. Está especializada en los campos de la sociología de la educación y la sociología de la mujer, materias sobre las que ha escrito numerosos libros. En 2006 recibió el Premio «Creu de Sant Jordi».

Ilustración de la cubierta: Josep Subirats, *Muchacha leyendo* (1960-1961).
©Subirats, colección particular de la autora.

De madres a hijas

La transmisión de la feminidad

Marina Subirats

De madres a hijas

La transmisión de la feminidad

Traducción al castellano de:
Manuel León Urrutia

Octaedro

Colección Con vivencias
66. *De madres a hijas. La transmisión de la feminidad*

Título de la edición original: *De mares a filles. La transmissió de la feminitat* (Edicions 62, 2023).

Traducción del catalán: Manuel León Urrutia

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda
del Institut Ramon Llull

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: julio de 2024

© Marina Subirats Martori

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68
www.octaedro.com - octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-10054-88-2
Depósito legal: B 15744-2024

Cubierta: Tomàs Capdevila
Imagen de la cubierta: ©Subirats, colección particular de la autora
Diseño y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

Para Vanesa y para Solange,
que tan pronto perdieron a una madre diferente.

Para Neus, que me eligió como madre
y creó un vínculo nuevo para querernos.

Y, como siempre, recordando a Teresa,
de quien lo aprendí casi todo.

PARA EMPEZAR

El deseo de ella, su deseo (de ella), eso es lo que viene a prohibir la ley del padre, de todos los padres. Padres de familia, padres de naciones, padres-médicos, padres-sacerdotes, padres-profesores. Morales o inmorales. Siempre intervienen para censurar, rehusar, con todo el buen sentido y la buena salud, el deseo de la madre.[1]

LUCE IRIGARAY, *El cuerpo a cuerpo con la madre.*

Es mucho más fácil rechazar y odiar directamente a la madre que ver, más allá, las fuerzas que actúan sobre ella.

ADRIENNE RICH, *Nacemos de mujer.*

Las madres... Procedemos de ellas, desde todos los puntos de vista. El físico, evidente: mis huesos se hicieron a partir de los suyos, de la materia de su cuerpo, de su sangre; en todas mis células están sus huellas. Sí, vale, las del padre también cuentan, lo sé, y a veces las paternas dejan más impronta que las de la madre, y hasta podemos parecernos más a él; sin embargo, no es su materia la que nos fue haciendo, primero día a día durante nueve meses, luego durante muchos años. Más allá de lo físico, a todas ellas debemos nuestro primer alimento, nuestra primera voz, nuestra

1. Se han traducido al castellano todas las referencias que he utilizado en su lengua original. En la bibliografía se encuentra la referencia completa de cada publicación en su versión castellana.

primera caricia. Ellas fueron quienes velaron noches y días junto a nuestro lecho, quienes cocinaron nuestros alimentos, quienes se entristecieron con nuestras dolencias infantiles y se alegraron con nuestros primeros pasos. Al comienzo de nuestra vida, ellas lo fueron todo para nosotras.

Sin embargo, durante milenios, casi ninguna de nosotras, las hijas, hemos hablado de ello. Por muchas razones: porque no teníamos acceso al ámbito público, porque era un tema del que no se hablaba, porque, en definitiva, era mera cuestión doméstica, personal, privada, intrascendente.[2] Además, no teníamos ningún medio para hablar de ellas: no sabíamos escribir –a menudo nos lo habían prohibido–, y si alguna hubiera aprendido y escrito, nadie la habría leído o se hubieran apropiado de sus textos. O tal vez la hubieran censurado o quemado en la hoguera. De todas maneras, si alguna hija hubiera escrito sobre su madre, la habría dibujado con un retrato amable, complaciente o lacrimoso. Si alguna hija se hubiera atrevido a realizar un retrato severo, no habrían sido suficientes todas las críticas del mundo para castigarla.

El vínculo entre madre e hija no ha sido un vínculo sagrado, como el de padre e hijo; entre mujeres, lo que se transmite es una condena, y, en tanto que tal, esta es una relación secreta de la que no se puede hablar y que ha de quedar envuelta en lo tapado y misterioso. Además, no debe saberse que es una condena; sería demasiado duro para la madre y para la hija. Por tanto, debe presentarse como un vínculo amoroso en el cual no se puede entrar, y tiene que quedar oculto en la idea de que la naturaleza así lo ha dispuesto. Analizar y desvelar el vínculo madre-hija implicaría la destrucción de la relación que hemos conocido hasta ahora, nada menos que la ruptura de la cadena de transmisión de la feminidad.

2. Pilar Careaga me facilita un dato interesante: en el teatro del Siglo de Oro español, la figura de la madre no aparece como personaje de peso, a excepción de una, muy frívola, en *La estrella de Sevilla*, de Lope de Vega. Ni en las comedias ni en los dramas, por la dificultad social del rol, la madre no pinta nada en la genealogía de la autoridad. En cambio, hay numerosas mujeres protagonistas con roles de sirvientas, amigas y confidentes. Shakespeare, sin embargo, sí las utilizó.

En menos de un siglo, parece que todo ha cambiado. Hemos aprendido a leer, hemos aprendido a escribir. Hemos aprendido a mirar, a meter las narices hasta el fondo de aquello que teníamos ante nosotras, de lo que todo el mundo podía ver pero que nadie veía, de las cosas que durante milenios se nos han presentado recubiertas de un velo intocable, que contenía la amenaza de muerte para quien osara levantarlo. Hemos aprendido a manejar toda clase de instrumentos y, sobre todo, nos hemos atrevido a usarlos; a echar abajo todos los tabús para ver qué ocultaban, qué encubrían, cuáles eran esas formas que se insinuaban bajo sus pliegues, pero que no sabíamos interpretar. Al quitar los velos ha aparecido nuestra capacidad de entender e incluso de juzgar. Especialmente, la voluntad de saber, de llegar a las raíces en las cuales se sustenta todo para triturarlas, darles la vuelta, analizarlas a fondo sin cortapisas. En ello andamos, en estos años iniciales del siglo XXI, en los que poco a poco todo va quedando al descubierto, a la intemperie.

Sabemos que los secretos son complejos; tejidos a lo largo de tanto tiempo, se han vuelto espesos, densos; llegar al fondo va a ser largo y es una tarea colectiva. En eso estamos: frente a las imágenes que la pintura nos ha ofrecido de las mujeres a lo largo de los siglos: vírgenes inocentes y sutiles, madres majestuosas, amantes concupiscentes, ahora las mujeres exploramos a las mujeres, es decir, a nosotras mismas, a nuestras madres, a nuestras hijas, a nuestras amigas, y aparecen sus rostros reales, imperfectos, cambiantes, atemorizados, diversos. Ello ha ocurrido cuando hemos empezado a mirarnos a nosotras mismas y hemos comenzado a vernos más allá de los retratos idealizados o demonizados hechos desde el otro lado desde una mirada masculina en la que las mujeres somos fantasmas deseados o temidos, no personas reales.

Y en la literatura. Si no recuerdo mal, hace unos cincuenta años que las mujeres hemos comenzado masivamente a escribir novelas que se presentan como ficción, pero que exploran nuestras vivencias, los avatares de nuestras propias vidas. Muchas autoras se lanzaron a ello apasionadamente y nos contaron sus amores y desamores con los hombres de sus vidas, con sus

hijas e hijos, sobre todo de sus infancias. Después, poco a poco, comenzó otra exploración iniciática: la de las madres, tema que había sido tratado únicamente como un cliché, partiendo del supuesto de que las madres son, por definición, buenas, sacrificadas, excelentes cocineras y cuidadoras. En el pasado, nunca ha habido malas madres, y si alguna lo era, no era realmente una madre, sino una «madrastra», como afirmaban los cuentos tradicionales. Este es el estereotipo de la madre universal, siempre sufridora y protectora, que ocupa toda la vida de una mujer y la absorbe hasta el punto de hacerla desaparecer como persona; lo que demuestra, tal como decían los antiguos filósofos mal intencionados, que toda mujer está en el útero y solo es mujer en tanto que es madre, real o posible.

Pero yendo más allá de este cliché, ¿cómo eran realmente y cómo son nuestras madres? Una exploración inicialmente discreta, aun hecha de tópicos, temerosa... ¿Qué sucedería si llegáramos a descubrir que nuestras madres no eran perfectas? Ya superamos hace tiempo las novelas rosas y podemos hablar de nuestros amores imperfectos, de los hombres a quienes hemos admirado para descubrir luego que... Y no ha pasado nada. ¿Pero las madres? ¿Qué pasaría si las descubrimos imperfectas, si aparecen fisuras en aquel amor incondicional que fue nuestro refugio y su tesoro aparentemente indiscutible?

Muchas de nuestras primeras pesquisas se quedan a medio camino: parten aún del amor y la nostalgia, pero aportan ya matices interesantes. Me refiero, por ejemplo, a libros como el de Soledad Puértolas, *Con mi madre* (2001), muy característico de las formas de vida y de relación que se establecieron en España bajo el franquismo, porque se refiere a su infancia: la muerte de la madre, la añoranza, la culpa por todas las ocasiones en las que la ignoramos o pospusimos nuestros encuentros con ella en función de otros encuentros o intereses, aun sabiendo que ella nos esperaba cada día; los días lejanos, la infancia, los paseos cogidas de su mano, las decepciones, las alegrías, las penas, sobre todo, y la culpa de no haber estado a la altura, de no haber restablecido el equilibrio del amor y las atenciones, de no haber sabido preguntar, finalmente, quién era esa mujer que nos regaló la vida,

por qué lo hizo y qué precio tuvo que pagar por ello… Cerramos el libro y no sabemos apenas nada más de la madre de Soledad Puértolas, excepto que era como la mayoría de las madres de la época: digna, trabajadora, viviendo para su familia, teniendo que luchar cada día con la falta de recursos y las privaciones de la España franquista, cosiendo los vestidos de las niñas para poder aparentar lo que no era, ahorradora, triste hacia el final, porque había perdido el objeto de su trabajo y de su amor, el cuidado y la compañía de sus hijas, y su vida ya tenía poco sentido. Como la de la gran mayoría de las madres de aquellos tiempos, más tristes e inquietas, en la vejez, cuanto más habían deseado vivir otras experiencias, otras emociones, otras tareas, y más frustradas se habían sentido, más habían tenido que ser madres a secas, casi ni siquiera mujeres.

Poco a poco, estas descripciones van tornándose más realistas, menos idealizadas. Annie Ernaux, por ejemplo, que ha hecho de la exploración autobiográfica un género novelístico, habla en *Une femme* (1987) de la suya. El tono dulzón ha desaparecido; la madre sigue siendo una heroína, la que hace todo lo posible por mejorar la vida de la hija. Pero ya es una mujer de carne y hueso, con sus pasiones y sus ambiciones, y ello permite que la hija pueda verla con cierta distancia, que pueda explicar un conflicto. Un camino de análisis que vemos repetirse en muchas otras novelas en este momento, con madres egoístas que buscan su conveniencia, como la de *Tú no eres como otras madres* (2016), de Angelika Schrobsdorff, o enloquecidas, como la de Delphine de Vigan en *Nada se opone a la noche* (2011), o tantas otras de perfiles tan diversos.

Es un hecho que la sociedad ha cambiado; por lo tanto, la vida de las mujeres también, e incluso la maternidad. En la literatura ya no se presenta la relación con la madre de un modo complaciente o acrítico. Ser madre no es ser el ángel del hogar. Las mujeres necesitan explorar sus maternidades con otra mirada, buscando nuevos caminos con dudas sobre si pueden romper el hilo anterior, porque ¿quién puede «atreverse» a ser una mala madre?, ¿acaso hay otro modo de serlo? Inventar una nueva maternidad, la de la madre-persona, la de la madre-trabajadora, creadora,

la de la madre voluntariamente sola, o la de la madre lesbiana. Habla ampliamente de ello Esther Vivas, en *Mamá desobediente* (2019), partiendo de una pregunta: ¿cómo ha de ser una madre feminista? ¿Cómo conseguimos liberar la maternidad del modelo al que la sometió el patriarcado y que ha hecho que, en algunas etapas, como, por ejemplo, en los años setenta y ochenta del siglo pasado, el feminismo tuviera que llevar a cabo una dura crítica, porque la maternidad era sinónimo de una forma determinada de sujeción y alienación de las mujeres? ¿Cómo ser una mujer libre y a la vez ser madre si ese es mi deseo?[3]

Una disyuntiva que casi siempre parte de la misma duda: ¿acaso la criatura es lo más importante de mi vida y el resto debe quedar en un segundo plano? ¿O tal vez mi realización pasa por otros canales –el trabajo, la vida social– y no puedo renunciar a ello? En cualquier caso, se trata de una elección siempre insatisfactoria, pues, por más que te esfuerces en los dos ámbitos, no podrás escapar a la impresión de no hacer lo bastante, de no haber estado suficientemente atenta a tu criatura y de haberle robado tiempo y cuidados. Y, al mismo tiempo, de haberle quitado tiempo a tu trabajo, de haberte quedado atrás en tu profesión a causa de tu maternidad.[4] Una elección que en la sociedad tradicional no se planteaba, porque la respuesta era previa a la pregunta: tu primera obligación era ser madre, todo lo demás era secundario o ni siquiera existía. En cambio, hoy sí se la plantea la mayoría de las mujeres jóvenes, que no encuentran una respuesta socialmente consensuada para saber cómo actuar.

3. Es interesante darse cuenta de que en una primera etapa del feminismo contemporáneo se produjo una profunda sospecha acerca de la maternidad. Simone de Beauvoir, por ejemplo, en *El segundo sexo* se muestra crítica con la maternidad, considerándola como un elemento alienante para las mujeres. Una posición que se comprende perfectamente en el momento en que era necesario salir de los estereotipos de género, pero que posteriormente ha sido matizada de otra manera. Un buen artículo sobre esta cuestión es el de Zerilli, L. M. G. en el libro de Silvia Tubert, *Figuras de la madre*, donde se contrapone la posición de Beauvoir a la de Julia Kristeva.

4. Katixa Agirre lo explica muy bien en *Las madres no*. La dualidad de exigencias para las mujeres que tienen opciones diferentes a la de ser madres, cuando deciden serlo, puede conducir, como ocurre en su novela, incluso al asesinato de los hijos, por la incapacidad de mantener la doble tensión.

La maternidad ya no es una exigencia para nosotras; en determinados segmentos sociales aún se expresa sorpresa si habiendo llegado a los cuarenta años no has tenido descendencia; no en todos. Este comentario se considera una intromisión inaceptable en la vida de una mujer joven. Ahora la maternidad, en la mayoría de los casos, no es el resultado de un accidente, la consecuencia de un mal paso, de una noche loca o de una imposición marital. Me refiero a la cincuentena de países de nuestro entorno cultural, claro, porque desgraciadamente todavía en la mayoría de los países del mundo se exige a una niña violada que lleve a término el embarazo y alumbre a la criatura, y si no lo hace, puede ser acusada de asesinato y encarcelada. En el ámbito europeo, desde que los métodos anticonceptivos son seguros y están al alcance de todo el mundo, la mayoría de las mujeres pueden planificar sus maternidades, y las maternidades cambian. Ya no son consideradas ley de vida, te guste o no. Ahora una maternidad ~~es~~ un proyecto personal, meditado y, si puede ser, compartido. El género femenino está cambiando, el modelo de mujer se diversifica, se difumina, se va borrando. ¿Qué es ahora lo que una madre debe transmitir a su hija para convertirla en una mujer, cuando el modelo de mujer va quedando desdibujado y se diluye?

De nuevo volvemos a la literatura actual escrita por mujeres, y encontramos una exploración de sus maternidades, un intento de redefinirlas en un momento en que todo está siendo puesto en duda. Pero aún no hay una respuesta a esta pregunta más allá de los manuales de autoayuda en los que se aconseja cómo tratar a los bebés. Bien, pues ya que sabemos que no nacemos con el mandato biológico de ser delgadas, o cocineras, o de estar siempre preocupadas por la limpieza, ¿cuáles son los mandatos esenciales que se van a utilizar para construir a una mujer? Mandatos que, desde siempre, se inician con lo que dice la madre, las abuelas, las mujeres de la familia. Mandatos que ahora parecen desdibujados. Pero, ante todo, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cuáles han sido, en el pasado y, en gran parte, todavía hoy, los mecanismos sociales utilizados para construir a las mujeres y cuál es el papel que han desempeñado las madres?

Lo que os propongo es lo siguiente: hemos hablado de la añoranza que sentimos de nuestra madre desaparecida, de las culpabilidades por todo aquello que no hicimos cuando hubiéramos podido y debido hacerlo; pero creo que ahora es necesario que exploremos otro aspecto: ¿qué nos transmitieron ellas para convertirnos en mujeres? ¿Cuáles fueron sus mensajes, sus imposiciones, sus temores, sus exigencias? ¿Está todo ello vigente o ha quedado trasnochado? No vamos a juzgarlas; en una sociedad patriarcal, las madres hicieron, sin duda, lo que pudieron, no lo que hubieran querido. Porque probablemente no tenían otro modelo de mujer que el que se les había transmitido a ellas con imposiciones a menudo feroces. ¿Cómo era realmente criar a una hija en una sociedad regida por los hombres y tan estricta que casi no existía espacio para tener criterio propio? ¿Hasta qué punto nos hemos liberado de estos modelos y de estos mandatos?

Estas son las preguntas a las que he tratado de hallar respuesta en los últimos años y lo que quiero contar aquí. Empezando por la experiencia más profunda: la vivida personalmente. Si comienzo por hablaros de mi madre y de mí, no es por el deseo de ajustar cuentas con ella –hace ya casi treinta años que nos dejó– ni para exponer los problemas personales de mi niñez. Es porque al preparar este libro he hablado con madres y con hijas para conocer cuáles eran los mensajes que habían lanzado unas y cómo los habían recibido las otras; y me he dado cuenta de que este cúmulo de intercambios casi siempre se ha vivido como un conflicto personal, como un conjunto de mandatos derivados del carácter de la madre, o de sus creencias, principios y costumbres, de su religiosidad o del miedo al qué dirán. Es decir, no los vivimos como consecuencia de unas normas sociales rígidas y a menudo inflexibles, que han modelado a la madre y la han forzado a modelar a la hija. Cada mujer lo ha vivido como una experiencia «única», la de su relación «con su» madre, «su» enfrentamiento personal con ella. Lo que sucede es que este conflicto entre madres e hijas esconde una norma social por lo general mutiladora, y es la madre la que debe imponérsela a la hija. Ahora bien, ¿cómo se lleva a cabo esta imposición? ¿Cuáles

son las mutilaciones que la madre considera necesarias y que se encuentran sutilmente escondidas?

Así que, tranquila, Teresa, no voy a exponer viejas querellas contigo, que, visto en la distancia de hace muchos años, creo que lo hiciste lo mejor posible, teniendo en cuenta el momento político e ideológico que te tocó vivir. Trato más bien de analizar el detalle de las mutilaciones ocultas para, a partir de ahí, saber qué les ha pasado a las demás mujeres, las de un pasado difícil, que nos dan muchas claves de interpretación; las que intentaron romper la cadena y cambiar el género; las madres e hijas de ahora mismo, abocadas a nuevas experiencias. Para imaginar cómo podría ser la relación madre-hija en un futuro, cuando ya nos hayamos podido liberar de las sociedades patriarcales.

Teresa, mi madre, y el porqué de este libro

Teresa, mi madre

El principio

De pronto, luz. Frío. Una sensación nueva. Y un grito inmenso, como brotado de un estremecimiento.

Y enseguida, voces.

¡Es una niña! ¡Es una niña!

Y otra voz: ¿una niña? ¡Ay, no, pobrecita! Tendrá que pasar por lo que yo estoy pasando… ¡Mejor si hubiera sido un niño!

Entonces no entendía las palabras, pero se instalaron en el fondo de mi memoria, tan nueva, tan recién estrenada. Durante mucho tiempo me he preguntado qué significaban. Un día lo comprendí: el primer mensaje que me dio mi madre fue que, como yo era una niña, estaba destinada a sufrir.

Aquella primera voz contenía tanta angustia, tanta tristeza que decidí que no, que yo no pasaría por el dolor de tener que parir. Y nunca pasé por él, pero era igual. El sufrimiento del parto era solo la punta del iceberg, o tal vez el símbolo más potente del destino de sufrimiento de las mujeres. Porque los otros padecimientos fue necesario aceptarlos; y si no pasé por este fue porque yo era una mujer del mundo occidental y de la segunda mitad del siglo xx; antes de ese momento, la gran mayoría no pudo tomar ninguna decisión.

Mucho más tarde, cuando yo debía estar ya por los cuarenta, ella me explicó su decepción cuando nací y oyó el grito: ¡Es una niña!

Querida Teresa, querida, querida madre. Fuiste una mujer muy inteligente, con mucho carácter. Llegaste lo más lejos que pudiste, incluso más lejos de lo posible en los tiempos que te tocaron vivir: la infancia rural, la guerra, la posguerra. Mucho después, y hacia los setenta, me dijiste: «Es como si me hubiera dormido después de la guerra y, cuando he despertado, ya soy vieja. Mi vida ya es pasado».

Pero esto sucedió mucho más tarde. Primero quiero hablar de ti, de cómo aprendiste tú a ser una mujer; y después hablaré de mí, que será seguir hablando de ti, de cómo me enseñaste a ser una mujer. De cómo, junto a los mandatos claros, exigentes, me transmitiste también la rabia, la indignación, la rebeldía. De modo que fue fácil renunciar a parir. Así, no.

Pero también eso sucedió mucho después. Vayamos más lejos, al comienzo, o al comienzo del comienzo de lo poco que he podido saber.

Úrsula, María, María, Úrsula. Mis madres absolutas

Me gustaría ir más lejos, mucho más lejos, al inicio de todo, a la primera madre. Sé que no es posible: empezamos a saber bastantes cosas de las estrellas, de su aparición y su fin, de los átomos y del bosón de Higgs, pero no sabemos casi nada de nosotras mismas. ¿Quién me legó el color de mis ojos, la forma de mis manos, mi nariz, el tono de mi voz? ¿De dónde proceden estas características genéticas que me han construido como lo que soy, yo misma? O incluso, tal vez este yo no es más que el soporte para que unas manos, un color de ojos, un tono de voz sigan presentes sobre la tierra, rememorando a quien fue y ya no es, y esta aparente certeza del yo no es sino el esfuerzo para mantener estas presencias.

He ido tan lejos como he podido en el intento de saber cosas concretas. Buscando a la primera madre de la que puedo tener noticias. No de la primera madre de la humanidad, sino de la mía, la primera mujer de la que puedo saber por lo menos el nombre y que me ha transmitido alguna cosa concreta a través de una cadena de la que forman parte exclusivamente mujeres. Tal vez solo unas mitocondrias preservadas a través de los siglos y que morirán conmigo, puesto que yo no las he transmitido a ninguna otra mujer y que –que yo sepa– ninguna mujer viva es hoy portadora de las mismas.

María es la más antigua de las que yo llamo mis madres absolutas; ¿qué significa esto? Que de ella arranca la cadena de transmisión única de madres a hijas que me conforman. La

madre de la madre de la madre de la madre... Nombres perdidos, memorias perdidas, claro. Hubo otra cadena única, la de los padres absolutos, el padre del padre del padre...; aquella que transcurre de hombre a hombre, de padres a hijos. No he podido reconstruirla más que muy parcialmente, pero son los que me han legado un nombre, y con su nombre he ido siempre por la vida. No con el nombre de María, de la que ignoro incluso el apellido. Debió nacer hacia 1650, en Poboleda, un pequeño pueblo del Priorato, en Cataluña; se casó con Jaume Ardèvol y tuvieron nueve criaturas; el primero, en 1668. Las 1023 personas restantes que, más o menos a partir de la misma época, han intervenido en mi nacimiento me han transmitido sus genes, su piel, su lengua y muchas de sus creencias y prejuicios, pero no me dejaron ni el menor rastro en el que podamos acumular tanta memoria. Tan solo me identifica, además del nombre legado por los padres absolutos, otro nombre, el de la única cadena de padres que incluye a una mujer, Teresa. Todos los otros nombres que designaron en algún momento a mujeres han desaparecido de la memoria viva. Pero genéticamente, culturalmente, soy tan heredera de ellas y de ellos –o tan poco– como de los Subirats y los Martori.

Como decía, María nació probablemente hacia 1650 y tuvo nueve criaturas, según lo que he podido averiguar. Después, una larga cadena, ocho madres absolutas me han precedido: Úrsula (1670-1738), dos maridos y seis criaturas; María (1702-), casada a los 19, 12 criaturas; su hija María (1734-1754), casada en 1751 a los diecisiete años, solo tuvo tiempo de parir una hija, otra María (1753-1819), puesto que murió a los veinte años. Esta hija, por suerte, tuvo una vida más larga y parió ocho criaturas. Una de las cuales fue Úrsula (1794-1868), que a su vez tuvo seis criaturas. Y ya vamos llegando a un terreno casi cercano: su hija María fue mi bisabuela. Nació en 1857 y murió en 1921; conozco incluso su aspecto por una foto de su boda. Se casó en 1883 a una edad razonable y casi sorprendente para la época, veintiséis años, y solo parió a cinco criaturas.

Lo primero que me sorprende: son mujeres anónimas, en el más estricto sentido del término; conozco, en algunos casos, el apellido del padre; en otros, ni siquiera, únicamente el del mari-

do. Antes del siglo XVII, el apellido de la mujer no aparece ni en el bautismo de las hijas e hijos; tan solo en el registro de la boda se consigna el apellido de nacimiento, el heredado del padre; después, se acabó, queda asimilada al marido, y basta.

Hay otro detalle que es incluso más inquietante: fijaos, tampoco tienen nombre propio. Antes de mi abuela Basilia –enseguida llegamos a ella–, que era hija de la última María citada, seis mujeres y solo dos nombres propios: Marías y Úrsulas. Se repetía el nombre de la abuela, de la bisabuela, o de alguna abuela aún más lejana; cada mujer era equivalente a todas las anteriores, venía a sustituirla, vivía en las mismas casas, cocinaba en los mismos hogares, con los mismos pucheros y platos, dormía en las mismas sábanas –encontré algunas en la cómoda de mi abuela, pesadas, de lino, imposibles de lavar a mano– y vestía incluso las mismas ropas. Los llamados «capítulos», documentos que se establecían cuando una pareja se casaba y que fijaban lo que cada familia de origen aportaba a la nueva pareja, consignan un gran número de las prendas que recibieron mis antepasadas: medias, delantales, mantillas, faldas y faldetas, mantas... Piezas que venían de lejos, de tiempos anteriores; que pasaban de madre a hija a nieta junto con el nombre, igual que las mitocondrias, al mismo tiempo que el destino inexorable de nacer, crecer, casarse, parir, cuidar y morir.

De acuerdo, sabemos que no todas las vidas fueron iguales, y cada una de ellas fue vivida como propia, con sus esperanzas, proyectos, alegrías y penas. Esperanzas, proyectos y penas muy parecidos, de todos modos. ¿Llegaban a enamorarse, a elegir marido? Lo dudo. En la foto de su boda, María Bley, mi bisabuela, muestra una cara de mujer moderna, bien vestida, con ojos reflexivos, no muy alegres, por cierto. Por lo que sé de ella, tuvo un mal vivir: un marido autoritario, déspota, estúpido, exigente, un machista integral. Ahora la veo en otra foto treinta años más tarde, ya envejecida, exhausta. Dos primeros hijos murieron de garrotillo, la difteria, gimiendo en sus brazos: «Madre, me ahogo». Después, dos hijos más marchándose a América; el primero, sin avisar; el segundo, visible en esta foto de despedida en que los rostros muestran el dolor de saber que no volverán a verse,

como así fue. Mirándola me entristece su cara grave, devastada; sé, a través de la memoria familiar, todo lo que vivió esta mujer, esta madre tan próxima a mí que casi hubiera podido conocerla y que fue perdiendo, impotente, a todos sus hijos varones sin poder hacer nada para evitarlo…

Y no fue la única; todas mis madres que he citado, excepto la que murió a los veinte años y no tuvo tiempo de dar a luz a otros bebés, vieron morir a sus hijas e hijos. Casi todas, durante los siglos XVII, XVIII y XIX, tuvieron la misma trayectoria: casarse, parir sin descanso, dar a luz una criatura, verla morir enseguida, o a los pocos meses, o a los pocos años. A menudo, cuando ya otra estaba en camino. Un detalle curioso, para nosotros incomprensible: los nombres propios se repiten y a menudo nace una María después de otra, o al año siguiente, o un José después de otro… que ya no está. Dos de mis antepasadas me impresionan especialmente: María Elena, nacida en 1705, casada a los dieciséis años en 1721, y muerta en enero de 1738 ¡después de haber tenido trece hijos! Varios de ellos muertos en vida de la madre, y especialmente uno, en junio del 1737, y otro en diciembre del mismo año, seguido de su propia muerte a los pocos días. Y de la muerte del marido unos días después, vaya usted a saber por qué, tal vez de desesperación. Y otra, Teresa Folch, que procedía de Mombrió del Camp, donde nació en 1748; casada a los veinticinco años, tuvo dieciséis criaturas. Sé cuál fue su casa, la mejor del pueblo, que entonces los Martori ya no eran campesinos, sino comerciantes de vinos y jueces de paz. ¿Qué sé de ella? Quería un Pau, porque era el nombre del marido y de los herederos Martori, pero tuvo que parir a cuatro para lograrlo, para que algún Pau viviera; tan solo después de veintiocho años de matrimonio y nacimientos llegó, en 1801, un Pau, mi tatarabuelo, que pudo dar continuidad al nombre. Ella tenía cincuenta y tres años y llevaba más de veinticinco pariendo y enterrando bebés. No debió disponer de mucho tiempo para leer, o para viajar, o ni siquiera para bailar; seguro que no tuvo mucho, no…

De acuerdo, podemos imaginar que tuvieron momentos felices, de emociones intransferibles ¿Fue así? Es como si las viera diciéndose: a la vida se viene a sufrir. Especialmente si eres una

mujer: parir, cuidar, trabajar, obedecer, callar, sufrir. Ver morir a tus pequeños, ver marcharse a tus hijos mayores a Reus, o a Barcelona, o a América, donde tal vez hicieran fortuna, especialmente a finales del XIX, cuando la filoxera devastó las viñas en toda Europa y el Priorato se empobreció hasta extremos insoportables. Era la voluntad de Dios, ineluctable. Correr a la iglesia a rezar, pensar en la vida futura después de la muerte, cuando por fin podrían descansar, era probablemente el único consuelo disponible. ¿Qué grado de conciencia individual puede existir en esta situación? ¿Qué grado de elaboración de una reflexión propia, de un criterio personal?, me pregunto. ¿Qué nivel de personalidad, de individualidad, cuando ni siquiera puede haber experiencia diferenciada, cuando lo único que te está permitido es seguir los modelos preestablecidos, cuando ni siquiera puedes imaginar otro destino? A pesar de todo ello, sabemos que han existido las rebeliones, que muchas mujeres lucharon por cambiar su condición, que en el siglo XVIII se inicia el ciclo moderno del feminismo, de la búsqueda de libertad por parte de las mujeres. Pero no de mis abuelas, claro, no de la mayoría de las mujeres que vivían en los pueblecitos, entre el huerto y la casa, entre el hogar y la cuna, esforzándose por poner cada día un plato suficiente para que toda la familia comiera lo necesario, ellas incluidas. Uno de los refranes de la zona del Penedés –y probablemente de muchas otras– que me ha llegado, era: «Mientras puedan permanecer de pie apoyadas en la pared, las mujeres ya tienen suficiente comida».

¿Cabe pensar que las mujeres fueron cómplices de su sumisión, del dominio ejercido sobre ellas por parte de los hombres? Tal vez: eran demasiados prejuicios para ser combatidos por estas mujeres humildes, por esta cadena de madres atareadas. Probablemente, algunas se rebelaron, sí; incluso debieron de producirse deseos de poder, pero camuflado en la ambición por la casa, por los hijos, tal vez incluso por las hijas, que hicieran bodas convenientes, adecuadas. Mi bisabuela Teresa Rull, nacida más tarde, ya en 1837, parece haber sido una mujer fuerte; se apropió de gran parte de la herencia de su familia de origen y toda la vida pleiteó con su hermana María, que reclamaba su

parte. También hubo emociones fuertes en estas vidas, intentos personales de superación, posiblemente expresados por medio de la voluntad de enriquecimiento o de devociones extremas, esperando ganarse el cielo. Pero ¿cuáles eran los márgenes en los que la actuación de una mujer era tolerable? ¿Cómo se transmitían? ¿Hasta dónde era posible transgredir las normas sin ser objeto del castigo de los dioses y de los humanos?

Comienza la transición: Basilia

La hija de María Bley Simó fue Basilia Domènech Bley, mi abuela. Nació en Poboleda en 1891 y se salvó de la difteria que se había llevado por delante a dos de sus hermanos. Pronto la familia se trasladó a Reus, donde nació otro hermano, y más tarde, a Barcelona. Eran tiempos muy duros para los campesinos del Priorato. Antón, su padre, era carretero, trasladaba mercancías por aquellos pueblos, a pesar de ser hijo de un hombre que había comprado diversas fincas por aquellos parajes. Pero a finales del XIX aquellas tierras se habían convertido en un yermo, no producían nada, no valían nada. Tratando de conseguir una vida mejor, la gente marchaba a la ciudad donde crecían las fábricas, las industrias,.

Antón dominó la vida de su hija, mi abuela, más duramente y durante más tiempo que su propio marido, Josepet, al que su suegro incluso sobrevivió un par de años. Era un hombre brusco, autoritario, cruel. Siempre lo he imaginado resentido con la vida; hijo de una familia que empobreció; el padre, casi un señor; el hijo, un carretero sin fortuna a pesar de ser su heredero. Sus dos hijos que lograron sobrevivir marcharon a América, el mayor de polizón, sin avisar a los padres. Se han conservado sus cartas desde Argentina donde cuenta sus aventuras, sus miedos, cómo le descubrieron en pleno océano, el hambre y la miseria de los primeros tiempos. También su añoranza y su demanda de perdón; sabía que, si hablaba con sus padres, no le dejarían partir. Más aún, tal vez su padre lo hubiera matado de una paliza, aunque ya tenía más de veinte años. El segundo ya no, Antonet marchó con el consentimiento de sus padres, y no volvió nunca.

Lo conocí una tarde en Montevideo, ya anciano, vencido, habiendo tenido que renunciar a su sueño de una visita a Cataluña, algo que le había ilusionado y sostenido durante toda su vida. Los dos marcharon en pos de una hipotética fortuna que no encontraron, pero, sobre todo, para librarse de un padre tirano que los mantenía en un puño.

Basilia no se marchó, claro, ella era una mujer, y entre otras cosas tenía que cuidar de sus padres cuando envejecieran, como realmente ocurrió durante muchos años. Pero ya no es ni Úrsula ni María; tiene un nombre propio, que la identificará toda la vida. Un nombre que no le gusta... Cuando vives en un mundo en el que todas las mujeres son Úrsulas o Marías, por así decir, la singularidad no es un regalo, te convierte en demasiado visible, especialmente si tu nombre es difícil, desconocido, debido al capricho de un padrino que fue soldado en Filipinas, se enamoró de una Basilia y te lo encajó sin pedirte permiso ni pensar en lo que supondría para ti esta fuerte marca individual.

Y fue una marca. Todavía ahora nuestra casa familiar es «Ca la Basilia», por supuesto. Pero está claro que un estigma individualizador no te ayuda cuando tu destino sigue siendo parecido al de las Úrsulas y Marías, cuando ese es tu horizonte, te guste o no. Y Basilia todavía no podía escapar del modelo establecido, con un padre como Antón, que la mantenía atemorizada. La familia se trasladó a Barcelona, al Poble Sec. Basilia comenzó a trabajar en un taller de confección de gorras, cerca de su casa. En la foto de 1913, la de la despedida del hermano, aparece bien vestida, elegante incluso, una señorita barcelonesa de veintidós años, muy seria, casi enfurruñada, que era un momento grave, no de alegría. Basilia, mi queridísima madrina, ¿por qué nunca te pregunté si te habías enamorado en aquellos tiempos, si te gustaba bailar?, ¿qué querías?, ¿qué deseabas?, ¿cómo imaginabas tu futuro? No nos detenemos en la vida de los nuestros, de quienes nos precedieron; a los veinte años nos preocupa tanto encontrar nuestro camino que no preguntamos, no nos importa qué hicieron y por qué lo hicieron. No sé nada de tu vida barcelonesa, si querías casarte o si eras muy independiente. Seguro

que no, sabiendo lo que ocurrió más tarde, pero por lo menos ya habías podido ver algo más de mundo que todas tus madres absolutas, aunque te dominara un padre sumamente patriarcal del que nunca pudiste huir. Ya sabías leer e incluso escribir, aunque tu letra fuera trémula e insegura. Eras en parte una ciudadana, con todo lo que implica este término.

Tenías veintiséis años y no te habías casado. Aquel verano de 1917 fuiste a Poboleda: tus padres habían regresado al pueblo, después de años en la ciudad. Un hombre que deseaba casarse se había fijado en ti. Era mayor que tú, te llevaba doce años; ni reparaste en él, volviste al Poble Sec, a las gorras, a tu vida. El sí se había fijado en ti, y fue a hablar con Antón. Carta del padre: «Vuelve al pueblo, vas a casarte con Josepet, de Cal Xon».

Siempre he recordado lo que me dijiste poco antes de mi boda. «Hijita, ¡qué feliz soy viéndote a ti, qué diferencia! Cuando me casé me sentía como un corderito al que llevan al matadero». Y al decirlo torcías tu cuello como sintiendo la cuerda tirante, y tu cara era tan triste…

En la foto de su boda, 1918, ella tiene veintiocho años; él, cuarenta. Es una mujer bonita, fina, elegante, con grandes ojos…, pero una cara seria, sin rastro de luz, de sonrisa… Tampoco él sonríe: es el trámite de la foto de boda; tal vez ella tiembla pensando en la incógnita que le espera aquella noche… Vestida de negro, como todas las novias de la época, es más la imagen de una viuda que de una novia ilusionada; sé cómo se sentía, me lo dijo: como un corderito atado camino del sacrificio. Querida abuelita mía, madre absoluta, madrina, hija de madres y de abuelas, madre de mi madre. El día que debía haber sido el más feliz de tu vida, según el tópico al uso, el de tu boda, tuviste que vivirlo como un camino al Calvario, sin posibilidad de disponer de ti misma, de experimentar deseo, de ejercer o de poder expresar tu voluntad. Tu voluntad: las mujeres venimos al mundo a obedecer.

Pero ¿por qué obedeciste? Tenías un oficio, un puesto de trabajo; vivías en Barcelona. Sin embargo, regresaste dócilmente al pueblo, a tu matadero particular. También me hablaste de ello: «Si hubiera desobedecido, mi madre es la que hubiera pagado

por mí. Por eso tuve que aceptar». Tuviste que ser madre de tu madre, protegerla tú, tan débil, al precio de tu vida.

¿Qué se escondía detrás de ese «pagar»? Nunca me hablaste claramente de ello, ¡había tantas cosas de las que era imposible hablar! Pero lo dabas a entender. Hoy puedo imaginarlo: un hombre capaz de arrancar un lacito del cabello de su hija de cuatro años porque, ¡qué tontería!, sospechamos como puede tratar a su mujer; ¿hay que soltar una bofetada?, pues ¡allá va! Pero seguramente ni siquiera eso es lo peor. Lo peor puede ser convivir con alguien que gruñe siempre, que se queja de todo, al que nada le gusta, que repite continuamente que eres una inútil. Yo entiendo que la vida de carretero no aporte muchas alegrías y que todo ello no fuera especialmente agradable, bisabuelo Antón, pero no me das pena; siento pena por María, tu mujer, por Basilia, tu hija, sometidas a tu voluntad arbitraria, a tus caprichos, a tus necesidades y comodidades. Tres años después de la boda de Basilia muere María, y Antón se instala en casa de su yerno, en la que vivirá durante veintidós años, hasta su muerte. Es el abuelo, se le debe respeto y cuidado, y, por supuesto, será Basilia la que se ocupe de él durante todo este tiempo, sin una queja, sin un reproche, encerrada en un pueblecito del que no saldrá de nuevo hasta la boda de su hija en Barcelona, en 1941.

¿Y tú quién eras, abuela? ¿Cómo vivías tu vida callada y paciente? He pensado muchas veces en ti, en ello, cuando ya no estás, cuando ya no puedes responderme.

Tal como te recuerdo, eras aún una mujer antigua: humilde, discreta, amable, cariñosa. Con la lágrima fácil y también el abrazo. Siempre dispuesta a consolarnos, cuidarnos, traernos un pequeño regalo; tú, que no tenías ni un céntimo. A traernos el membrillo que habías preparado, el pan de higos, las garrafas de vino del Priorato… Mostrabas un carácter fuerte, bregando con la tierra, con las hijas, conmigo y mis hermanos, con la pobreza, con la casa que se derrumba, con la mísera cosecha. Pero habías aprendido a esconder tu pena y tu fuerza. Tuviste que esperar al final, cuando ya la edad y la ceguera te habían arrebatado el sentido, para gritar a pleno pulmón, repetidamente: ¡A la mierda, iros todos a la mierda!

Nunca me dijiste qué tenía que hacer, cómo tenía que vivir. A diferencia de tantas otras mujeres, como tía Rosa, que me espiaba tras la persiana cuando, a los trece años, yo paseaba al atardecer por el pueblo con un chicuelo de catorce; charlábamos de cuestiones adolescentes, sobre la vida y nuestros posibles destinos, pero la tía me soltaba frases como: «Pareces una perra». Tú, Basilia, nunca me reprochaste nada; si algo te preocupaba, me mirabas y con un «ay, hija, hija» lo habías dicho todo. Tu ámbito era el del sufrimiento, sufrías por todo y por todos, siempre. Qué ibas a decidir tú, cómo ibas a controlar tu vida, programada como estuviste desde el primer momento para la obediencia. Y, sin embargo, habías conocido otro mundo, la ciudad, la lectura. Un pequeño avance para una mujer que vivió durante gran parte del siglo XX.

Teresa, el gran salto

¿Cómo hablar de ti, madre, y por dónde empezar? Tú fuiste la que diste el gran salto, de la chiquilla pueblerina, pobre, que fuiste al comienzo, limitada, sin horizontes –que en Poboleda los montes y especialmente la alta barrera del Montsant circundan el pueblo cerrando visualmente cualquier salida–, a la ciudadana capaz de enfrentarse a todo, la mujer que inicia su profesión a los cincuenta años, que va a la universidad a los cincuenta y cinco, gana unas oposiciones y se convierte en una gran maestra. Que aprende a conducir a los sesenta y dice: «Si fuera más joven, me compraría un coche que pudiera ir a gran velocidad; correr me encanta». Tú diste el mayor salto que nos ha tocado dar a las mujeres, del patriarcado estricto, de la anulación del yo, de la extirpación quirúrgica de la voluntad individual, por así decir, a la plena identidad, al amplio reconocimiento de tu deseo y a la capacidad para imponerlo. Y eso significa que, a pesar de todas las ambigüedades que me transmitiste –y sé que no podía ser de otro modo, porque el cambio real suele preceder siempre al ideológico–, eso significa que me allanaste el camino para que yo pudiera ser plenamente una mujer del siglo XX e incluso del XXI, librándome en gran medida de la

mala conciencia de haber traicionado el destino antiguo de las Marías y las Úrsulas.

Ya no estás, y por fin te lo digo: te padecí quizás tanto como te hice padecer, te quise quizás tanto como me quisiste. Pero el vacío que dibuja tu ausencia no tiene fin, y, por seguirte, me resulta casi amable la idea de un final que, por otra parte, me enfurece casi tanto como te enfurecía.

Cuando te diste cuenta de mi existencia, es decir, de la existencia de tu primera criatura, tuviste una gran alegría. Era cierto que esta alegría iba también precedida de una gran renuncia: hubieras querido ser, hubieras querido hacer; te sentías capaz de grandes cosas, fuerte para salir al mundo, para vencer toda aquella realidad pobretona que había presidido tu infancia y oprimía tu presente en 1942. Pero lo tenías todo en contra, contra tu deseo y tu voluntad: querías encontrar un trabajo y todos se burlaban de ti en aquella ciudad oscura, miserable, agria; querías ser maestra y era imposible en aquellas escuelas presididas por un Santo Cristo y un retrato de Franco. Hasta tu marido y tu madre te consideraron loca: ¿dónde vas a ir tú, mujer, sin oficio ni beneficio?, ¿qué pretendes? ¿No te das cuenta de que no hay trabajo, que lo que intentas no tiene ni pies ni cabeza?

Renunciaste a ser tú y decidiste ser una mujer. Así me lo contaste muchos años más tarde; de acuerdo, si lo que quiero es imposible, seré una mujer, haré de mujer: tu primera criatura era, por lo tanto, el final de una esperanza, pero también el comienzo de otra.

Tengo ante mí tu retrato de aquel verano del 42, cuando ya sabías de mi existencia. Tú eras casi una niña, veintidós años, llevas un vestido a rayas blancas y azules, bonito –o por lo menos, me lo parece–; probablemente confeccionado con alguna tela barata de posguerra, que ahora nos parecería de mala calidad, pero a ti te sienta bien. Tu mano se apoya en tu cintura, con un ramito de claveles rojos. Y tus ojos tienen una luz especial, de chica acorralada y al mismo tiempo llena de ilusión. Antes no me gustaba este retrato, me parecía de un tiempo demasiado viejo, sin realidad, en el que todo se consumía en la imaginación.

Ahora que yo podría ser la abuela de aquella chica, mirarte me llena de ternura.

Crecí dentro de ti como aquella vida nueva, la vida que deseabas y temías, que una parte de ti había aceptado y otra parte rechazó siempre. ¡Cuántas veces, años más tarde, te vi desesperada, queriendo huir de aquella tu prisión tan querida, de aquel papel de madre que te permitía ser y a la vez te mutilaba! Pero también eso ocurrió mucho después, madre, cuando ya ibas despertando de tu sueño. El año 42 me esperabas, o, mejor dicho, esperabas a tu bebé.

Nací en 1943; el parto fue difícil y sufriste terriblemente. Aquella primera noche, tú, el padre y yo. Embobados, me decías. Era tu hija y te enamoraste de mí. «Tiene ojos de Pribislav», dijisteis, porque los habitantes de la obra de Thomas Mann *La montaña mágica* eran como vecinos queridos, en vuestro aislamiento de lectores pobres. Después, a menudo me dijiste: «Nunca fuiste tan bonita como cuando naciste». De pequeña, esto me enfurecía: «Pues qué…, entonces, ¿es que ahora soy fea?». Te reías a medias, siempre tu juego ambiguo: «No, todavía tienes ojos de Pribislav, pero ahora eres paliducha y esmirriada. Cuando naciste eras coloradita, como una manzana». También lo entendí después: aquella primera noche era toda tuya, algo que tú habías hecho; con el tiempo, yo era también lo que yo misma iba haciendo de mí, y a menudo eso no te gustaba. De todos modos, ya había comenzado la doma hecha de mutilaciones, no podías decirme que te parecía bonita.

Primera mutilación: el niño

Crecí como una princesita a pesar de las estrecheces de aquellos tiempos. No sé cómo lo lograste, pero me alimentaste, hallaste a una médica inteligente que supo guiar mi crecimiento, me vestiste y me diste juguetes. Veo mi imagen a los pocos meses, carita de luna, sonriente, un lacito en el pelo. Lloraste cuando fue necesario pelar mi cabeza, siguiendo prescripciones de la época. Te llenó de orgullo que hablara tan pronto, que caminara siendo aún tan chica, que fuera tan graciosa y dicharachera. Soportaste

mis noches sin sueño, mis llantos interminables que despertaban al vecindario, la tiranía que yo ejercía sobre vosotros.

Y, de pronto, todo aquello cambió: tuviste un hijo.

Llegó un niño y decidiste que aquello era lo más importante de tu vida. Y pensaste, entre otras cosas, que era hora de llevarme a la escuela. Yo tenía dos años, y allá que me fui no sé por cuánto tiempo, tal vez un año, alejada de ti, que tenías a tu hijo.

Entre tú y yo algo se había roto para siempre, no sé cuándo ni cómo; tu niñita, tan bonita, comenzaba a ser incómoda.

Más de cuarenta años después pude preguntarte, y tú, maravillosamente lúcida e inocente, me lo contaste sin tapujos. Me dijiste: «Solo tuve una hermana, y quería tener un niño. Una casa necesita a un niño. Cuando tú naciste te quise mucho, pero no eras un niño. Cuando llegó él, yo llevaba cuatro años casada; ya me había dado cuenta de que tu padre no era el hombre perfecto que había imaginado. Y decidí que haría de mi hijo un hombre perfecto».

No te juzgo, madre, ya no. A mis cuarenta años tu razonamiento todavía me pareció un escándalo, por la transparencia consciente que emanaba de él, por no haber sabido entender el menosprecio hacia las mujeres que te habían transmitido, un menosprecio que llegaba hasta tu propia hija. Yo ya había aprendido mucho de todo lo que la historia nos ha infligido a nosotras, y sabía que tú no eras culpable. Sabía que todo te conducía hacia aquí, pero no podía imaginar que tu sentimiento y tu voluntad anduvieran cabalgando sobre esta cultura de hombres, que fuera un viento tan potente que me posponía. Había conocido todos los ejemplos: las culturas en las que no se felicita a la madre ante el nacimiento de una niña, las que matan a las niñas inoportunas, las que permiten repudiar a las esposas que no paren hijos varones. Las mil maneras con las que, desde el inicio, se marca el diferente valor que las sociedades dan a niñas y a niños. Pero todo ello sucedía lejos, entre gentes antiguas; eso no podía ocurrirle a una mujer como tú, inteligente, llena de coraje, que había luchado para ser ella misma, para decidir sobre su vida.

Y, sin embargo, ¿qué podía esperar? Tú también llevabas la infame marca de ser mujer.

Nacida primogénita, te llamaban *pubilleta*,[5] allá entre montañas, al principio.

Pero cuando se supo que llegaba otro bebé de sexo aún indefinido, comenzaron las burlas y las risitas: ¡ya no serás *pubilla*, tendrás un hermano y «te caerás de la banca»! Caerse de la banca, que extraña manera de mostrarte tu caída a la nada, desposeída de algún reino mítico, una llave sin puerta por cetro, un trono de piedra de monte. Vecinas almas de cántaro, desposeídas todas, de risa retorcida y de regocijo en la igualdad de las esclavas.

Yo sabía de todo ello, ley antigua que todas hemos sufrido.

Y sabía que tenías que actuar como lo hiciste a pesar de tu amor y tu sabiduría.

Pero no creía, no podía creer, a mis cuarenta años, que tuvieras tal consciencia de ello, y que, conociendo la vieja historia, consintieras en excluirme del círculo exclusivo que creaste con tu hijo. Él, tu hombre perfecto, que debería anteponerse a todo para siempre. ¿Y yo? ¿Qué quisiste hacer de mí? ¿Qué lugar me reservabas en tu energía y en tu cuidado?

Nunca me lo contaste, porque nunca lo supiste a ciencia cierta. Querías y no querías, como para ti misma. Es decir, no me quisiste como al hombre perfecto, al que todo se debe, sino como a la mujer perfecta, escindida, mutilada, contradictoria. Como tu misma. Irreconciliable e irreconciliada consigo misma. Igual, igual que tú.

Casi lo conseguiste, porque te empleaste a fondo. Me fuiste tejiendo, siempre lúcida, con infinita destreza, con gran paciencia, impulso tras impulso, mutilación tras mutilación.

Descubrimiento

Te contaré un recuerdo del que nunca te hablé, el más antiguo que me queda de ser yo misma. Tenía unos tres años, tal vez cuatro: me desperté en tu gran lecho tierno y acogedor; por las persianas

5. En Cataluña, la *pubilla* era la hija mayor. Cuando no había un hijo varón, ella heredaba la casa y las tierras familiares. Tenía más consideración que sus hermanas, puesto que, entre otras cosas, podría casarse con alguien mejor situado social y económicamente al contar con recursos propios.

se filtraba la luz de la calle que proyectaba en el techo extrañas figuras. Creo que estaba enferma y debía de ser por la tarde. Tal vez tenía fiebre, porque, de pronto –lo recuerdo perfectamente–, me invadió la angustia. La gran cama en la que me perdía, la habitación vacía, aquellas imágenes del techo, las sombras por los rincones, el miedo, el intenso miedo a la soledad. No estabas conmigo. Te llamé, y no viniste. Te volví a llamar una y otra vez, y no viniste. De repente, supe que era yo, y que estaba sola. Por primera vez se fundieron en mí diversas sensaciones: soy yo, soy Marina. Y enseguida, ella, dónde está ella, la necesito a ella. Y un gran deseo, imparable, inmenso, de ti, de tenerte conmigo, a mi lado, de sentir tu voz, tu mano, tu mirada. Aquella presencia tuya que me había acompañado desde siempre, de la que nunca había sido consciente. Un amor hecho de necesidad, de deseo, de ternura y también de dolor, porque no estabas y temí no encontrarte nunca más. Podías irte, podías abandonarme, podías olvidarme, y yo, sin ti, no era sino un sollozo desesperado y un miedo inabarcable.

Así fue como, en la fiebre y en la angustia, en la añoranza de ti, nací a la conciencia de ser yo, como un ser separado de ti. He recordado a menudo esta escena. Lo que más me sorprende no es que sea tan clara como en los libros, que la conciencia del yo solo pueda aparecer con el descubrimiento de la soledad, del abandono, de la ruptura entre nosotras. Lo que más me sorprende de esta escena es haber nacido a mí misma queriéndote y que, aquella separación, que entonces me pareció definitiva, no fuera sino el comienzo y aún hoy, más de setenta años después, no esté totalmente terminada.

Segunda mutilación: la educación sentimental

Pronto comenzaste a construirme. Y me regalaste las palabras.

Me contabas cuentos. Cuentos bellísimos, que también venían de lejos, eran parte de tu herencia. De tu abuelo, gran narrador; cuentos populares, de tu infancia y de tu pueblo, de los que solo me quedan pequeños fragmentos.

El de *Peret i negre* me gustaba mucho. El paso del río consistía en diez piedras, y el padre de Peret mandaba a sus hijos a Cor-

nudella. Pero una de las piedras se tambaleaba. El mayor de los hermanos apoyaba el pie en ella y caía al agua. Regresaba a casa calado hasta los huesos y todos se burlaban de él. Ya no se podría marchar otra vez, había fracasado.

A mí aquel chico lloroso me daba mucha pena. No quería oír aquel episodio, pero tu insistías en contármelo.

Pero ¡ay!, el peor era el del ratoncito. El ratoncito chiquito, tan fino y bonito, que corría contento por el desván y se comía las avellanas, y se reía del ama que lo perseguía con su escoba. «¡Corre, corre, mujer, que no podrás pillarme!».

El gato lo estaba espiando, escondido tras unos sacos. Cuando más feliz andaba el ratoncillo, el gato caía sobre él con sus fauces feroces, y del ratoncillo solo quedaba un despojo sanguinolento.

Cuando el gato entraba en escena, yo comenzaba a sufrir, luchando con las lágrimas. No quería llorar y aguantaba tanto como podía; pero tú alargabas el momento, el gato que mira de reojo, el ratoncillo feliz, después el salto, el zarpazo y los grandes ojos sorprendidos del ratoncillo, y enseguida su mirada aterrorizada, la sombra de la muerte que lo invadía.

Entonces yo perdía la partida, caía una lágrima incontenible y brotaba el sollozo.

Tú la habías ganado. Me decías, con una carcajada: «¡Pero tonta, no llores, si no es más que un cuento!».

Madre, madre, ¿era necesaria tanta crueldad? ¿Creías que debías convertirme en una mujer fuerte, como me contaste más tarde, o simplemente querías asegurar tu dominio sobre mí, medir el grado de resistencia que yo podía ofrecer?

Ya sé, ya sé, opinabas que llorar era un signo de debilidad, hasta el punto de que, más tarde, mucho más tarde, no pudiste llorar cuando lo necesitabas, y la imposibilidad del llanto te destrozó. Tú no formabas parte del coro de las mujeres lloronas, de las quejicas, de las víctimas; precisamente por ello, tu llanto era lo peor que podía ocurrirme. Pero lo más importante no era que yo arrancara en llanto, sino conseguir mover mis emociones, saber que tú podías manejarlas, que eras la dueña de ellas. Y lo fuiste hasta el final, cuando en el último diálogo, viendo yo tus ojos de ratoncillo asediado por la muerte, me deshice

en lágrimas. Y tú me dijiste incluso entonces: «¿Cómo? ¿Vas a echarte a llorar?».

Y yo, más allá del dolor y de la conciencia de perderte, volví a ser la chiquilla que luchaba contigo y dije: «¡Haré lo que me dé la gana!». Y nunca, nunca, desaparecerá la vergüenza que me produce este recuerdo, por no haber sido capaz, en el último minuto, de decirte cuánto te quería y te admiraba, y cómo habías sido el pedestal sobre el que pude crecer.

Fue tal vez tu último triunfo, y, todo perdido ya, preferiste que así fuera. Preferiste, una vez más, ser la más fuerte, mandar sobre mis emociones y mis llantos. Porque tú, solo tú, que me habías construido, sabías qué piezas mover para lograrlo.

Pero todo ello sucedió después, mucho después…

Tercera mutilación: las tareas domésticas

Tú ya tenías tres hijos y muy poco dinero. Eran tiempos muy difíciles. Tu vida te agobiaba: levantarnos, vestirnos, el desayuno, acompañarnos a la escuela, ir a la compra, limpiar, lavar, cocinar, pensar todo el tiempo en cómo estirar el dinero hasta que llegara el sábado, cuando nuestro padre cobraba, pensar qué hacer para poder comprarnos los zapatos, la ropa. Y, llegada la noche, acostarnos, fregar los platos, caer agotada en la cama. Y, pocas horas más tarde, vuelta a empezar.

De vez en cuando, la explosión. Te agobiaba aquella vida tan estrecha, tan cerrada, que habías aceptado, pero que te ahogaba. Durante la República y los primeros tiempos de la guerra habías vivido otro mundo, con gente culta, inquieta, de arte, de ideas, de reflexión pedagógica. Pero todo ello acabó y quedaba tan solo la dureza cotidiana. «El problema de ser pobre no es no tener dinero, es la fealdad de todo lo que te rodea, la tristeza por todo lo que no te está permitido», decías. Nunca un vestido bonito, una comida en un restaurante, una noche de teatro. Pero tus caídas, tus desánimos, cada vez más frecuentes, no los contabas a nadie. Hasta el momento del hartazgo, del agobio extremo.Y entonces explotabas.

Cuando explotabas, nuestro mundo se hundía. Entonces sí que llorabas, entonces sí que gritabas. «No puedo, no puedo, no

puedo más, me voy de esta casa, ¡me voy!». Pobre, pobre madre, y pobrecitos todos nosotros, empezando por padre, que entonces se sentía perdido, incapaz de actuar, víctima de una acusación que no entendía ni creía merecer. Y nosotros pequeños, temblorosos, asustados… ¿Cómo podíamos imaginar una vida sin ti si tú lo eras todo en nuestra vida? ¿Te queríamos? No sé muy bien lo que significa querer cuando se tienen cinco años. Te necesitábamos, eso sí, eso es más exacto. No podíamos entender tu desesperación, tus necesidades; tú eras nuestra madre, y eso era todo; no eras una persona que tiene su propio mundo. Nuestro padre tenía su mundo propio; nos quería, trabajaba, trabajaba siempre, pero además tenía su mundo: el mundo del dibujo, de su obra, como él lo llamaba. Ese mundo era solo suyo; tú compartías algo de él, pero en parte lo veías como un sacrificio, como tu aportación a su arte. Un arte sin posible salida, durante muchos, muchos años, que aparentemente no interesaba a nadie, más allá de vosotros. Y cuando ya al final empezó a valorarse, me dijiste: «Ya es tarde, demasiado tarde para por fin gozar de todo ello. Ya me da igual».

Tú habías renunciado a tu propio mundo, o, mejor dicho, te había sido negado, que en el franquismo el único destino permitido a una mujer –especialmente a una mujer pobre, nacida en el campo, sin muchos contactos en Barcelona– era el de madre de familia, ama de casa y, según la etiqueta del momento, «sus labores». Era un destino que querías, pero que no te bastaba, que hubieras querido compatibilizar con una vida de actividad intelectual, cultural, de encuentros, tan sociable como eras. Más tarde me dijiste: «Tenía tantas ganas de sentarme en un café…, nada, a tomar una gaseosa, un vaso de agua, pero algún ratito bonito, elegante…», algo que te permitiera bajar la constante tensión para ahorrar las dos pesetas que costaba el cine de barrio, un capricho mínimo, un instante para tomar aliento.

Pero la vida a la que habías tenido que renunciar, porque no era posible a pesar de tus esfuerzos, no había desaparecido de tu deseo y se obstinaba en pincharte, en reclamarte algo distinto a las tareas caseras y a las criaturas. Ya sé que algo tenías en la relación con nuestro padre. Vuestra vida erótica fue apasionada,

me contaste una vez, ya casi al final, cuando por fin pudimos permitirnos hablar de ello. Y también las mañanas de sol, o las charlas con las vecinas. Busco en mi memoria, y casi no hay más en aquellos tiempos. Más tarde sí, tuviste amigas, amigas jóvenes y cultas; aprendiste a conducir y te sentaste en los cafés a tomar alguna gaseosa. Mucho más tarde, sí. Pero no en nuestra infancia. En nuestra infancia fuiste devorada por los quehaceres domésticos; por ello de vez en cuando explotabas y gritabas: «¡Basta, basta! No puedo más, ¡me voy!», llorando desesperada. Hasta que quedabas exhausta, callabas y regresabas a la cocina a preparar la cena.

Intuitivamente decidí que yo no quería aquella vida que te causaba tanto dolor. Recuerdo que a los cinco años ya contaba a todo el mundo que yo no me casaría nunca. No era la idea de tener pareja lo que rechazaba; vuestra pareja era equilibrada y armónica, o por lo menos es lo que creo ahora, cuando lo recuerdo. De hecho, en mi vida adulta he vivido muchos años en pareja, y cuando no la he tenido creo que la he buscado, consciente o inconscientemente. No, no me transmitiste que vivir en pareja fuera penoso, fue casi lo contrario: la imagen de una pareja que habla, que se escucha, que se pone de acuerdo, que construye una relación diferente a cualquier otra; una relación que me enseñó el sentido de la intimidad. Lo que sí me transmitiste –no voluntariamente, que tú eso no podías controlarlo–, fruto de tu propia división interna, fue el horror de la cotidianidad familiar, del oficio de mujer en el sentido más primigenio del término, el más antiguo. El horror de ser *madresposa*, según el afortunado concepto de Marcela Lagarde,[6] el horror de la dedicación constante a los demás, como un deber autoimpuesto y que los demás acaban exigiendo con la injusta frase: «Si lo hiciste siempre, ¿de qué te quejas ahora?».

Pero lo que aún hoy me sorprende es que, a pesar de tu frustración y tu malestar, me exigiste que asumiera ese rol. Cuando, inocentemente, yo decía que nunca me casaría, tú me decías: «Entonces, ¿ te quedarás sola toda la vida?». Y después llegaba

6. Lagarde (2003).

una ristra de demandas: «Hija, hay que fregar los platos, me vas a cuidar cuando sea vieja, barre la casa, acompáñame al mercado». De acuerdo, eran tareas que había que hacer, pero yo tenía dos hermanos; eran más pequeños, sí, pero a ellos no les exigías nada. Mi sensación de injusticia era fuerte, brutal. En aquellos momentos nació mi rebelión. Todavía no mi feminismo, por supuesto, pero sí la extrañeza. No sé bien en qué instante, pero fue entonces cuando comprendí que yo pertenecía al grupo equivocado, al que no cuenta para nada: el grupo de las mujeres. Hoy, dicho así, puede parecer una expresión contemporánea, adulta, pasada por el feminismo 3.0 y 4.0, e incluso por los anteriores. No, no. Yo debía de tener unos ocho años cuando me di cuenta, y la palabra feminismo aún no formaba parte de mi vida. Fue el sentimiento vital de injusticia, de frustración: ¡hay cosas divertidas que te están prohibidas! Y hay muchas aburridas que te toca hacer y parece que te van a tocar siempre. ¿Por qué? ¿Porque soy una niña?

En muchos aspectos yo había tenido una vida de privilegiada en aquella Barcelona gris e inculta de los años cuarenta. Éramos pobres, sí, igual que la mayoría de nuestros vecinos y parientes; pero había gente mucho más pobre, miserable, como la mujer que venía a nuestra casa a lavar la ropa, que vivía en aquel barrio de chabolas de detrás del Hospital de Sant Pau en el que miles de personas estaban hacinadas en una especie de pueblo ruinoso, sin una sola fuente ni ningún punto de agua. Una mujer tan buena. Nos daba tanta pena…, porque le faltaban casi todos los dientes y su piel mostraba los estragos del trabajo y el hambre. Es decir, no éramos tan pobres en comparación; además, yo tenía un buen padre y una buena madre que nos querían y vivía en un piso luminoso, lleno de libros y pinturas. Y yo era una chiquilla de grandes ojos verdes –muchas personas lo comentaban a menudo– y era una niña lista, no el centro de los grupos, ni mucho menos, pero suficientemente valorada como para sentirme bien. Es decir, todo parecía indicar que mi vida había comenzado razonablemente bien, que incluso podía imaginar que viviría todo aquello que leía en los libros: viajar, ver el mundo, saber cosas, participar en proyectos interesan-

tes... Todo ese futuro aparentemente a mi alcance comenzaba de pronto a desvanecerse. ¿Por qué? Simplemente porque yo era una niña. Inadmisible cuando se tienen ocho años y la vida es un paraíso que hay que explorar.

Cuarta mutilación: a los quince años las niñas se vuelven tontas

A pesar de todo, mi vida siguió el camino previsto de niña mimada por la suerte. Después de un periplo por cuatro escuelas que supuso castigos, horas pasadas de rodillas o cara a la pared, llegué al paraíso. Tú te afanaste, diste voces, preguntaste, pediste. Tú, con tu alma de maestra, no podías soportar que tus hijos no acudieran a una buena escuela; no se trataba de escuelas privadas caras, por supuesto, eso era impensable en nuestra casa. Pero tanto rebuscaste y preguntaste que finalmente encontraste exactamente lo que yo necesitaba: nuestra Escola del Mar.[7] Y en diciembre de 1948, cuando la escuela se trasladó al edificio del Guinardó, donde sigue todavía, y amplió la matrícula, pude entrar en ella.

Recuerdo la escena; yo tenía cinco años, pero la he recordado siempre. Tú y yo, cogidas de la mano, subimos la escalinata que conduce a la terraza, la magnífica terraza –entonces me parecía inmensa– desde la que podía verse el mar. Había dos palmeras, un porche, grandes jarrones con hortensias. Bueno, tal vez en diciembre no había hortensias, pero el lugar era precioso. La llamábamos: «la escuela del techito chino», por el tejadillo de la puerta de entrada. Desde el primer momento me sentí muy a gusto; tenía el punto de refinamiento y elegancia que entonces era imposible de encontrar, la gran biblioteca con pinturas de Llongueres, la Caperucita Roja y el Gato con Botas, la gran sala de música con pinturas de Ivars, con el mar presidiéndolo todo,

7. La Escuela del Mar, creada en 1922 y construida en la playa, había sido considerada un modelo y visitada incluso por Einstein, no solo por su edificio sino sobre todo por su metodología. En 1938 fue destruida por una bomba de la aviación italiana; fue trasladada provisionalmente a otro edificio y finalmente al barrio del Guinardó, en la época en que yo comencé a asistir como alumna.

y pescadores y coros de jóvenes cantando… Mi vida de chiquilla afortunada siguió, porque en la escuela fui enormemente feliz.

Yo era una buena alumna, siempre tuve una inmensa curiosidad, todo me parecía interesante, de modo que leer, aprender era un juego, un placer, la vida misma. En la escuela no había libros de texto, siguiendo las teorías pedagógicas europeas más avanzadas del primer tercio del siglo xx, pero había una biblioteca llena de cuentos e historias maravillosas, en la que podía pasar horas alimentando la imaginación. Siempre tuve gran facilidad de palabra –algo que también me habías transmitido tú, no sé si con tus genes o con tu palabra tan fluida, quién sabe–, por ello ya a los seis años era yo quien contaba cuentos en la clase. No había exámenes, pero yo iba progresando de clase en clase sin problema. No todo era coser y cantar, claro, yo no era una chiquilla especialmente popular ni sociable, y había momentos en los que tenía sensación de soledad, en los que me imaginaba vieja y sola, sin nadie a mi lado. Algo de ello me habías sugerido tú, sin duda. «¡Qué mal genio, hija!». Tu último mensaje me llegó unos diez años después de tu muerte. Tu hermana, tía María, me dijo un día: «Recuerdo que cuando eras muy chica tu madre estaba preocupada: ¡es que mi hija solo tiene cabeza!».

Nunca me lo dijiste directamente, pero sí de otras muchas formas. Sobre todo, porque tu hijo, tus hijos, pero especialmente el mayor de ellos, tan querido, no tenía el mismo interés que yo por la lectura. Tenía otras capacidades: dibujaba maravillosamente, modelaba el barro, otras cosas. Pero para ti, como para muchas personas, lamentablemente había una jerarquía de capacidades muy definida; unas capacidades son valiosas y otras no. Por suerte, en la escuela regían otros criterios y se valoraban capacidades muy diversas. Pero tú querías construir el hombre perfecto, fuerte, capaz de enfrentarse a todo. No podías aceptar que tu hijo amado no fuera un estudiante brillante. Y todavía menos que fuera yo, tu hija, la que solo tuviera cabeza. En el chico hubiera sido un don valiosísimo; en la chica, un problema.

«Bueno, ahora sacas buenas notas» –me decías cuando a los diez años comencé a estudiar el bachillerato, como era costumbre en aquel momento, y a examinarme «por libre», en el insti-

tuto–, pero dentro de unos años tu hermano las tendrá mejores. A los quince años las niñas se vuelven tontas».

«¿Y por qué tengo que convertirme en tonta, mamá?». «Pues porque os comienzan a gustar los chicos, y ya no progresáis más».

Esto, madre, no pude perdonártelo nunca. De acuerdo, temías por tu hija, que solo tenía cabeza; te asustaba no poder convertirla en mujer. Pero tú, que a los catorce años habías sido capaz de enfrentarte a tu familia, de marcharte sola a Barcelona, de romper con tu primer noviete para que nada te retuviera en el pueblo y en el acceso a la vida que querías. Tú, que habías estudiado tanto como pudiste, que continuaste haciéndolo hasta el final de tu tiempo, ¿cómo podías decirme que las niñas a los quince años se vuelven tontas y ya no pueden progresar intelectualmente?

¿Transmisión inconsciente de una feminidad que aún enfatiza el papel de *madresposa*? ¿Necesidad de que tu hijo fuera aquello que él no podía ser, no deseaba ser, y para realzar su valor había que empequeñecerme a mí? ¿O simplemente no podías aceptar que las cosas no fueran como tú las habías previsto?

Llegaba la adolescencia. Nuestro enfrentamiento personal había comenzado. A pesar de tus esfuerzos, ya habías perdido gran parte de tu control sobre mí. O, por lo menos, no podías manejarme abiertamente.

Quinta mutilación: atar el cuerpo

Hacia los trece años yo era una niña normal, delgada, entrando en la pubertad sin demasiados problemas. En aquel tiempo no teníamos la menor idea de cómo funcionaba la sexualidad; se trataba de algo innombrable, ni siquiera con la madre osábamos mencionarlo. Tabú total. Tan solo entre compañeras cuchicheábamos acerca de «yo ya la tengo, a mí me ha venido», y las que aún no habíamos comenzado a menstruar mirábamos con un cierto respeto y curiosidad a las que ya la tenían. Gracias a estos bisbiseos, la regla no nos pillaba enteramente por sorpresa y no nos producía la angustia de creer que se trataba de alguna enfermedad terrible y totalmente inconfesable.

No puedo reprocharte que no me hablaras de ello. Se trataba de un asunto misterioso, extraño, francamente desagradable. Yo ya era una guía *scout*, había entrado en una agrupación católica, las típicas de la época, cuando el escultismo no podía desarrollarse si no era bajo el paraguas de la Iglesia. Ser guía fue para mí muy bonito, porque me sentía formando parte de algo, de un grupo humano que sentía cierta superioridad en comparación con la mayoría de las chicas y chicos de nuestra edad, éramos *scouts*, chicas fuertes y valientes, sin miedos. Pero de vez en cuando aparecía algún consejero, es decir, algún cura que merodeaba por la agrupación, y nos soltaba unos sermoncillos terribles, repletos de paternalismo y de consejos y recomendaciones; aquello me producía un profundo rechazo e incluso repugnancia.

Entonces no sabía muy bien por qué, ahora sí lo sé. Todo eran misterios y medias palabras, pero al mismo tiempo el tonillo permitía entrever que en nuestros cuerpos pasaban cosas raras que no conocíamos ni controlábamos, pero que al mismo tiempo eran tan potentes que nos obligarían a actuar de cierta manera. En un tono amable, baboso y condescendiente. Un tono que insinuaba la separación entre las chicas y sus cuerpos, que estaba destinado a mostrar que nuestro cuerpo no era realmente nuestro, no éramos nosotras, sino que iba a su aire y mandaba sobre nosotras. Y este ir a su aire de nuestro cuerpo era algo peligroso, oscuro, sometido a alguna ley externa que tiraría de nosotras y nos llevaría por donde quisiera, sin que pudiéramos evitarlo. ¡Uf, qué mal rollo! Conseguían que nos sintiéramos culpables de algo sin tener ni idea de qué podía ser; que comenzáramos a sospechar que algo sucio se ocultaba en nuestros deseos, que lo que hacíamos o imaginábamos, de pronto, pudiera ser algo vergonzoso, algo que había que ocultar, sin que tuviéramos ni idea de qué ni por qué.

Tú nunca me hablaste de nada de esto, solo me dijiste que las niñas se vuelven tontas a los quince años. Puede que se trate de lo mismo; en realidad, también me estabas indicando una alienación imparable. Pero nunca, nunca hablábamos de sexualidad. O sea, sobre este tema no me transmitiste la feminidad, excepto si entiendo que asumir el papel de mujer respecto a la sexuali-

dad era precisamente eso, no saber nada, preguntarme todavía a mis diez años cómo nacen las criaturas, tener solo una vaga idea de que hay que tener ciertas precauciones en las relaciones con los hombres y asumir que de todo ello no se puede hablar, ni siquiera con tu madre. Pero nunca me lanzaste comentarios que me hicieran sentir culpable de algo incierto. No, tus indicaciones llegaron por otro lado.

Yo tenía trece años y era una chiquilla delgadita, normal, que jugaba a baloncesto, corría y daba saltos de altura. Pero un día me dijiste que tenía que llevar faja. Y me compraste un artilugio feísimo; sí, ya sé que tú también la llevabas, y la tía y todas las mujeres de mi entorno, vecinas y parientas, pero era una cosa horrible, ortopédica, con varillas, unas tiras de acero, que había que enfundarse en torno a la barriga. Y, para colmo, se completaba con otro horror: un sostén grueso, también armado con varillas, que llegaba hasta el estómago y comprimía la cintura y los pulmones.

Durante cierto tiempo me vestí con aquel atuendo insoportable. Después fue peor, aparecieron unas fajas llamadas tubulares, sí, de tubo, así eran, que no tenían varillas, pero eran de una goma elástica, con pequeños agujeritos para que la piel transpirara. Facilitaban el movimiento, pero producían llagas, es decir, como los agujeros no permitían toda la evaporación, la piel enrojecía y acababa por llagarse, y al mismo tiempo, cuando saltaba y corría, el sostén se arrugaba y retorcía dejando un espacio en el que mi estómago quedaba comprimido entre las dos piezas. Hoy para mí está claro: lo importante es inmovilizarnos, y casi siempre en nombre de la moda y la elegancia.

Decidí que no, que aquello era demasiado. Dejé de usarla.

Tú protestaste: «No, nena –siempre fui la nena–, has de ponértela». «¿Pero por qué, siendo tan incómoda?». «Porque de otro modo, cuando caminas, tus carnes se mueven demasiado, ¡y eso es muy vulgar!».

Mi querida madre, tú, tan inteligente, tú, que estabas tan segura de tus opiniones y criterios, ¿no podías desprenderte de los prejuicios cuando se trataba de actuar como una mujer, de educar a una mujer? Ya sé que lo hacías por mi bien, para que

no hiciera el ridículo o no se burlaran y hablaran mal de mí. Las mujeres de tu generación veneraban aquellas fajas, decían que se sentían bien porque las «sujetaban». De eso se trataba, de contención, de no permitir que los cuerpos se movieran libremente, no fuera a ocurrir que… Y era un progreso respecto a situaciones anteriores –eso también lo sé, cuando vuestras abuelas e incluso vuestras madres se habían enfundado en aquellos artefactos terribles con cordones de los que alguien tiraba hasta impedir la respiración y lograr una cintura mínima. Y antes, los miriñaques y otros inventos. En tu época todo esto había quedado reducido a las fajas y sostenes de aspecto ortopédico; eran lo menos erótico que se pueda imaginar, pero sujetar, lo que es sujetar, ¡lo lograban de maravilla!

Tu estrategia era excelente, me atacaste por el flanco estético, y no moral; sabías que ahí tenía yo menos defensas. No podías invocar la religión, eso ya había quedado atrás, y apenas me habría afectado. Así que había que evocar el buen gusto, la dignidad, un recurso frecuente cuando el pecado no funciona. Pero ni aun así lo conseguiste: dejé las fajas y sostenes largos. Bien es verdad que quedaba otro tema peliagudo: el tormento de aquellas medias que resbalaban cuando caminaba, sujetas con unas ligas elásticas. A menudo había que meterse en un portal para remontar las medias, ¡que estaban a punto de caer sobre los pies! ¿Quién podía disfrutar de nada, sintiendo cómo las medias se iban deslizando y sudando de angustia al pensar en la vergüenza que te asaltaría cuando cayeran?

Había que llevar medias, y no se había inventado nada para mantenerlas tensas. Y tratarlas con mucho cuidado para que no se corrieran los puntos. Pero estos artilugios no los habías creado tú, sino que consistían en pequeños dispositivos para tenernos pendientes de nuestro aspecto, o sea, ¡para impedirnos a las niñas correr libremente y sujetarnos: el gran principio misógino!

Sin embargo, aquella partida la perdiste. La guerra entre tú y yo ya era abierta y yo había empezado a tener criterio propio en algunas cosas. Y de vez en cuando yo conseguía ganar.

ÍNDICE

Para empezar 9

Teresa, mi madre, y el porqué de este libro 19
Teresa, mi madre 21
El principio 21
Úrsula, María, María, Úrsula. Mis madres absolutas 22
Comienza la transición: Basilia 27
Teresa, el gran salto 31
Primera mutilación: el niño 33
Descubrimiento 35
Segunda mutilación: la educación sentimental 36
Tercera mutilación: las tareas domésticas 38
Cuarta mutilación: a los quince años las niñas se vuelven tontas 42
Quinta mutilación: atar el cuerpo 44
Sexta mutilación: no te querrá nadie 48
Después 52
El porqué de este libro 56

Las sociedades antiguas: mutilar los cuerpos 63
La relación madre-hija, una relación perversa en tiempos del patriarcado 65
Los tiempos cambian 86
Una mirada al pasado 88

Las sociedades matrilineales: el empoderamiento de las niñas 92
Patriarcados feroces 103
China y Japón: el loto dorado 107
Las mutilaciones genitales: la destrucción de la sexualidad femenina 114
Los aprendizajes de la renuncia 122
La educación de una mujer en el norte de África 126
La frontera interior: la mente 128

Nosotras, las europeas: de la sumisión a la rebelión 135
A la sumisión por el autocontrol 137
Una revolución incompleta 145
Los mecanismos psíquicos como forma de aceptación de la represión: la mujer burguesa 152
Las características prescritas del género femenino 158
Las estrategias de las madres 167
La hora de la ruptura 171
Hacia la conquista de la individualidad de las mujeres 175
La lucha por una vida personal 181
De la transgresión a la matrofobia 192
Y sin embargo, algunos reencuentros... 196
Matar al ángel del hogar 202

La transmisión de la feminidad en el siglo XXI 205
¿Y qué es ahora ser una mujer? 207
El gran cambio: la transmisión familiar del género femenino se desvanece 209
El proyecto vital: de la madresposa a la profesional 213
Las madres actuales: la incertidumbre ante los estereotipos femeninos 221
Consejos para madres y padres: libros y revistas 229
La sexualidad, la gran ausente de la transmisión de madres a hijas 235
¿Dónde estamos ahora? 246
La feminidad rediseñada y los nuevos agentes transmisores 250

Hacia un nuevo modelo de la vieja feminidad 259
Qué nos dice la publicidad 265
Nuevos/viejos mandatos de género femenino 270
Pequeña incursión en el modelo de masculinidad 280
Una situación compleja 284
A las madres del futuro 287

Agradecimientos 297
Bibliografía consultada 299

Si desea más información o adquirir el libro diríjase a:

www.octaedro.com

«Hay hechos y relaciones que vivimos como si fueran fruto de circunstancias personales, que nos preocupan, que pueden atormentarnos toda la vida, porque las interpretamos como errores que hubiéramos podido resolver de otra manera, cuando en realidad son mandatos sociales que se nos han transmitido y que, hasta cierto punto, nos han obligado a actuar como lo hemos hecho. Ser conscientes de ellos nos puede permitir, al menos, ganar grados de libertad.

»¿Qué nos transmitieron nuestras madres para convertirnos en mujeres? ¿Cuáles fueron sus mensajes, sus imposiciones, sus temores, sus exigencias? ¿Está todo ello vigente o ha quedado trasnochado? No vamos a juzgarlas; en una sociedad patriarcal, las madres hicieron, sin duda, lo que pudieron, no lo que hubieran querido. Porque probablemente no tenían otro modelo de mujer que el que se les había transmitido a ellas con imposiciones a menudo feroces. ¿Cómo era realmente criar a una hija en una sociedad regida por los hombres y tan estricta que casi no existía espacio para tener criterio propio? ¿Hasta qué punto nos hemos liberado de estos modelos y de estos mandatos? Estas son las preguntas a las que he tratado de hallar respuesta en los últimos años y lo que quiero contar aquí. Empezando por la experiencia más profunda: la vivida personalmente. [Pero también intentando] saber qué les ha pasado a las demás mujeres, las de un pasado difícil, […] las que intentaron romper la cadena y cambiar el género; las madres e hijas de ahora mismo, abocadas a nuevas experiencias. Para imaginar cómo podría ser la relación madre-hija en un futuro, cuando ya nos hayamos podido liberar de las sociedades patriarcales».

convivencias

De madres a hijas

La transmisión de la feminidad

«Cuando tenía unos ocho o nueve años comprendí que yo era una mujer y que eso significaba pertenecer al grupo desfavorecido de la humanidad. Me sorprendió. No podía entender por qué. ¿Por qué a mí se me exigían determinadas tareas y a mis hermanos no? [...] Así comenzó el conflicto con mi madre, que era la encargada de señalarme muchas de las limitaciones que me correspondían como mujer».

¿Qué nos han transmitido nuestras madres para que nos convirtamos en mujeres? Hay unos mandatos culturales, unas férreas normas sociales que son la base de la vida colectiva y han dominado la vida de las mujeres durante milenios. También se dan en la actualidad, aunque de otra manera. Pero ¿somos conscientes de cuáles son estos modelos y mandatos sociales –mensajes, imposiciones, exigencias, temores– que las madres transmiten y que, como mujeres e hijas, nos condicionan y nos obligan, hasta cierto punto, a actuar como lo hacemos?

Partiendo de la experiencia vivida, la reconocida socióloga Marina Subirats analiza, en este ensayo tan personal, el vínculo entre madre e hija; reflexiona sobre la transmisión de la feminidad en la sociedad del pasado y del presente, y nos presenta, asimismo, una proyección de futuro. Una aportación oportuna sobre el peso y la huella de la madre en la configuración de la feminidad y sobre la condición de la mujer, que amplía y enriquece el marco de reflexión habitual en nuestra sociedad.

ISBN 978-84-10054-88-2
9 788410 054882

Octaedro